

babilidad de buen éxito podia acometer la empresa de sentar en el trono francés á los príncipes de la estirpe que le habia ocupado largos siglos. Con este intento se preparaban á acercarse á Francia el conde de Artois y los duques de Angulema y de Berry. Cabalmente en las provincias meridionales de Francia, así como en algunas de las occidentales, habia contado en otros tiempos la familia de Borbon con mayor número de adictos, teniéndolos no solo de la nobleza, sino de las clases ínfimas, y aun de la media. Allí, pues, trataba de venir el duque de Angulema, pudiendo ya sentar el pie en tierra de la monarquía de sus abuelos, dominada á la sazón por tropas inglesas y españolas. Lord Wellington por un lado deseaba, y por otro temia arrojarle á dar pasos que, si podian contrastar el trono de Napoleon, tambien era dable que excitasen ira en la nacion francesa si se creia amenazada de que le impusiesen un gobierno sus vencedores. Por esto andaba cauto y vacilante en punto á consentir que viniese á su ejército el duque Angulema, y si al fin lo consintió, lo hizo con reserva, encargando al príncipe que se presentase sin dar su nombre.

Por Cataluña acabó el año sin acaecimiento alguno de superior nota. Conservaba Suchet sus plazas y aun sus líneas, acosándole por todos lados los españoles, pero sin entrar con él en batalla. Crecian enormemente los padecimientos de aquel pais, gravándole el francés con intolerables contribuciones. Veíase con todo seguro y no lejano el dia en que habrian de cesar tan tristes circunstancias, y la esperanza mantenía vivo el aliento, al paso que retraía de lides inútiles donde á costa de sangre se comprase gloria.

Las córtés despues de haberse ocupado en tareas de inferior importancia durante su residencia en la Isla de Leon, determinaron llevar á efecto su ya inevitable traslacion á la capital de España. Empezó el viaje la regencia saliendo de la Isla de Leon el 29 de noviembre, seguida de todas sus dependencias, y acompañada de los diputados á córtés y de una porcion numerosa de personas que habian seguido al gobierno de la nacion en sus sucesivas transmigraciones. En su tránsito fué recibido el gobierno por los pueblos con cordiales obsequios y aun arrebatados aplausos, olvidándose los españoles de diversas opiniones, y no pensando las turbas ignorantes qué clase de autoridad suprema era la que se les presentaba, y pensando solo con disculpable soberbia en que triunfante la causa de la nacion, el gobierno que la regia venia atravesando á España para sentarse en la residencia de los monarcas, á preparar el trono y entregar el mando al rey, cuya vuelta se estimaba infalible y pronta. Mayor si cabe fué el entusiasmo con que el pueblo madrileño acojió á la representacion del rey ausente, contribuyendo al general regocijo verse otra vez la capital de la monarquía en el goce de las honras y provechos que dá ser silla de la autoridad suprema. Ni faltaban en Madrid, como pueblo donde abunda gente ilustrada, parciales de las reformas y de las nuevas leyes; pero eran los menos, aunque ruidosos y activos; no conociendo lo general del pueblo, y con especialidad la ínfima plebe, otro pensamiento ó afectos que los de sumi-